

Deseaba no hallarse en esta solemnidad, y que ni siquiera se pensase en él, si era posible. Quería que se agasajase al ejército, y sólo al ejército, representado por la guardia, que era su parte más selecta; por lo cual, al escribir al ministro del Interior prescribiéndole los pormenores de la ceremonia, le decía: «En los emblemas é inscripciones que se dispongan con este objeto, sólo debe hacerse mérito de mi guardia, no de mi persona; cuidando de que se comprenda bien que el agasajo hecho á la guardia se dirige á todo el grande ejército.»

En efecto, el día 25 de noviembre el prefecto del Sena y los alcaldes (*maires*) de París se trasladaron á las afueras de la Villette, seguidos de un inmenso gentío, para recibir á los héroes de Austerlitz, de Jena y de Friedland. Iba á su cabeza el mariscal Bessieres. Habíase erigido en aquel paraje un soberbio arco triunfal: los abanderados salieron de sus filas, inclinaron sus estandartes, y los magistrados de la capital los coronaron con coronas de oro, en las que se leía esta inscripción: *La ciudad de París al grande ejército*. En seguida la guardia, compuesta de doce mil veteranos atezados, mutilados y con la barba ya encanecida algunos de ellos, desfiló por París, acompañada por aquel mismo gentío lleno de entusiasmo, que no cesó de aplaudir su triunfo. En los Campos Elíseos estaba dispuesta una comida abundante, ofrecida á aquellos doce mil soldados por la

ciudad de París, que, en tan fraternal y nacional solemnidad, representaba á la Francia entera, así como la guardia representaba á todo el ejército. No se mostró propicio el cielo al fin de aquella fiesta, interrumpida repetidas veces por la lluvia; porque no parecía sino que un hado adverso perseguía ya á aquel glorioso ejército, que sólo contribuyó con su heroísmo en la obra colosal de nuestras grandezas y de nuestros errores. Del millar decretado por la Convención sólo había quedado una función prometida en 1806 á todo el ejército de Austerlitz; y de esta función sólo había tenido lugar un festejo á la guardia, contrastado por el cielo y privado de la presencia de Napoleón. Pero la gloria del ejército francés no necesitaba de pompas frívolas. La historia dirá que todos en Francia, desde el 1789 al 1815, mezclaron con errores sus servicios, todos menos el ejército; porque mientras en 1793 se inmolaban víctimas inocentes, el ejército defendía nuestro territorio; y mientras Napoleón en 1807 y 1808 violaba las reglas de la prudencia (1), el ejército se limitaba á batirse; y siempre, bajo toda clase de gobiernos, su único destino fué consagrarse y morir por la existencia ó la grandeza de la Francia.

(1) Utilitario neto se muestra Mr. Thiers en este pasaje cuando sólo se le ocurre censurar en Napoleón la falta de *prudencia*, prescindiendo totalmente de su violación más culpable, que fué la de la *justicia*. (N. del T.)

LIBRO VIGÉSIMO NOVENO

ARANJUEZ

Expedición de Portugal. — Composición del ejército destinado á la misma. — Primera entrada de los franceses en España. — Marcha desde Ciudad Rodrigo á Alcántara. — Grandes padecimientos. — El general Junot, para llegar cuanto antes á Lisboa, toma la orilla derecha del Tajo por el recuesto de las montañas de la Beyra. — Llegada del ejército francés á Abrantes en el estado más lastimoso. — Decídese el general Junot á marchar sobre Lisboa con las compañías de preferencia. — Al saber la llegada de los franceses, el príncipe regente de Portugal toma el partido de huir al Brasil. — Embarco precipitado de la corte y de las principales familias portuguesas. — Ocupación de Lisboa por el general Junot. — Continúan los sucesos del Escorial. — Situación de la corte de España desde la prisión del príncipe de Asturias, y el perdón humillante que se le concedió. — Continúan las persecuciones contra sus cómplices. — Desconfianzas y terrores que empiezan á apoderarse de la corte. — A imitación de la casa de Braganza, conciben la reina y el príncipe de la Paz la idea de huir á América. — Resistencia de Carlos IV á este proyecto. — Antes de recurrir á este medio extremo, se procura granjearse la amistad de Francia, y en nombre del rey se reitera la solicitud hecha por Fernando de que se conceda á éste la mano de una princesa de Francia. — Añádense á esta solicitud vehementes instancias para la publicación del tratado de Fontainebleau. — Llegan estas proposiciones á manos de Napoleón estando ya en Italia. — Llegada de éste á Milán. — Obras de utilidad pública mandadas ejecutar en todos los puntos de su tránsito. — Viaje á Venecia. — Congreso de príncipes y soberanos en esta ciudad. — Proyectos de Napoleón para que recobrase Venecia su antigua prosperidad comercial. — Excursión por Udine, Palma Nova y Osopo. — Regreso á Milán por Legnago y Mantua. — Entrevista con Luciano Bonaparte en Mantua. — Permanencia en Milán. — Nuevas órdenes con respecto á España, y aplazamiento de la contestación que había de darse á Carlos IV. — Asuntos políticos del reino de Italia. — Adopción de Eugenio de Beauharnais, y transmisión de la corona de Italia á su descendencia. — Decretos de Milán, opuestos á las nuevas ordenanzas navales de la Inglaterra. — Viaje de Napoleón á Turín. — Obras dispuestas para unir á Génova con el Piamonte y á éste con la Francia. — Regreso á París el día 1.º de enero de 1808. — No puede Napoleón diferir por más tiempo su respuesta á Carlos IV y una resolución definitiva acerca de la España. — Ofrécensele tres partidos: un enlace, una desmembración de territorio y un cambio de dinastía. — Impulso irresistible que experimenta Napoleón hacia un cambio de dinastía. — Aunque fijo en este objeto, no lo está en cuanto á los medios, y entretanto envía refuerzos á las tropas que tiene en la Península y da á Carlos IV una respuesta evasiva. — Llamamiento á la quinta de 1809. — Fuerzas colosales de la Francia en aquella época. — Sistema de organización militar que sugiere á Napoleón la dislocación de sus regimientos, con batallones en Alemania, Italia y España. — Propónese Napoleón terminar de una vez todos los negocios del Mediodía de Europa. — Carácter grave que toman sus diferencias con el papa. — Encárgase al general Miollis que ocupe los Estados romanos. — El movimiento de las tropas inglesas hacia la Península hace que quede desguarnecida la Sicilia, y ofrece la ocasión, tanto tiempo esperada, de mandar una expedición contra esta isla. — Reunión de las escuadras francesas en el Mediterráneo. — Tentativa para poner en Sicilia diez y seis mil hombres y provisiones inmensas en Corfú. — Continuación de los sucesos de España. — Conclusión de la causa del Escorial. — Al recibir Carlos IV las respuestas evasivas de Napoleón, le dirige otra carta llena de turbación y de tristeza, pidiéndole le manifieste con qué designio aglomera tropas francesas hacia los Pirineos. — Instado por tantas preguntas, resuélvese Napoleón á poner por obra sus proyectos. — Establece sus medios de ejecución, y se propone ahuyentar á la corte de España amedrentándola como á la familia de Braganza. — Para esta grave empresa reconoce que necesita más que nunca de la alianza rusa. — Actitud de Mr. de Tolstoy en París. — Informes alarmantes que este funcionario envía á la corte de Rusia. — Explicación de Alejandro con Mr. de Caulaincourt. — Aviso por éste del peligro que corre la alianza, escribe Napoleón á Alejandro y accede á entrar en discusión sobre el repartimiento del imperio de Oriente. — Júbilo de Alejandro y de Mr. de Romanzoff. — Diversos proyectos de reparación. — Primera idea de una entrevista en Erfurt. — Invasión de la Finlandia. — Satisfacción que reina en San Petersburgo. — Tranquilizado Napoleón acerca de la alianza rusa, toma sus disposiciones para producir un desenlace en España en todo el mes de marzo. — Varias órdenes dadas desde el 20 al 25 de febrero con objeto de intimidar á la corte de España y disponerla á huir. — Elección de Murat para el mando del ejército francés. — Ignorancia en que le deja Napoleón con respecto á sus planes políticos. — Instrucción sobre la marcha de las tropas. — Orden de apoderarse de improviso de San Sebastián, Pamplona y Barcelona. — Amenazando el plan adoptado á las colonias españolas, ocurre Napoleón á este peligro con una orden extraordinaria enviada al almirante Rosily. — Entrada de Murat en España. — Recibimiento que se le hace en las Provincias Vascongadas y en Castilla. — Carácter de estas provincias. — Entrada en Vitoria y en Burgos. — Estado de las tropas francesas, compuestas de bisoños, desnudos y enfermos. — Apuros de Murat de resultas de ignorar el plan político de Napoleón. — Sorpresa de Barcelona, Pamplona y San Sebastián. — Efecto desventajoso que produce la usurpación de estas plazas. — Alarma que producen en Madrid las últimas noticias de París. — Proyecto definitivo de retirarse á América. — Oposición del ministro Caballero á este proyecto. — Triunfa esta idea á pesar de su oposición. — Cunde el rumor de los preparativos que se hacen para el viaje. — Conmuévase la población de Madrid y de Aranjuez. — El príncipe de Asturias y su tío el infante don Antonio se declaran contra la partida. — Fijase ésta para el 15 ó 16 de marzo. — La población de Aranjuez y de las cercanías, atraída por la curiosidad, el odio y una sorda fermentación, se apiña en torno del palacio y toma un aspecto formidable. — Vese precisada la corte á publicar el día 16 una proclama desmintiendo los rumores del viaje. — Continúan sin embargo los preparativos de éste. — Motín de Aranjuez en la noche del 17 al 18 de marzo. — Invade el pueblo el palacio del príncipe de la Paz, le destruye y busca á su dueño para matarle. — Vese precisado el rey de exonerar á Godoy de todas sus dignidades. — Continúan las pesquisas sobre el paradero del príncipe. — Después de haber estado treinta y seis horas escondido entre esteras, es descubierto en el momento mismo de salir de su escondrijo. — Líbranse unos guardias de corps del furor del pueblo, y se lo llevan á su cuartel lleno de heridas. — Consigue el príncipe de Asturias disipar el tumulto prometiendo hacer encausar al príncipe de la Paz. — El rey y la reina, aterrados con un levantamiento de tres días y creyendo poder salvar con una abdicación su vida y la del favorito, la firman el día 19 de marzo. — Carácter del motín de Aranjuez.

Mientras Napoleón, seguro ya del plan que se proponía en España, pero incierto en cuanto á los medios de llevarlo á cabo, se trasladaba á Italia lleno de confianza en la inmensidad de su poderío, los ejércitos franceses se internaban en la Península, y se disponían á arrostrar por primera vez los obstáculos que les suscitaba aquella tierra tan poco hospitalaria.

El ejército destinado á iniciar la invasión era el del general Junot. Su cometido, como hemos visto, se reducía á apoderarse de Portugal. Componíase de unos veintiséis mil hombres, de los que había veintitrés mil sobre las armas, y acompañábanle unos tres á cuatro mil hombres de refuerzo sacados de los depósitos. Distribuíanse en tres divisiones al mando de los generales Laborde, Loison y Travot. Su principal oficial de estado mayor era el general Thiebault, y su comandante en jefe el valiente Junot, edecán devoto de Napoleón, momentáneamente embajador en Portugal, oficial entendido, de un arrojo que rayaba en temeridad, sin más defecto que el natural ardor de su temperamento que había de terminar por una dolencia mental. El ejército era de bisoños de la quinta de 1807, alistados en 1806, pero repartidos en cuadros veteranos y suficientemente instruidos, eran muy capaces de arrostrar con valor el fuego, aunque desgraciadamente poco avezados á las fatigas, que iban á ser su principal trabajo. Quería Napoleón que se entrase pronto en Lisboa para sorprender, no ya á la familia real de que se cuidaba muy poco, sino á la escuadra portuguesa, y apoderarse de las inmensas riquezas pertenecientes al comercio inglés, y para esto había mandado á Junot que redoblase la celeridad, sin economizar fatigas y privaciones con tal de llegar á tiempo; pero Junot en su ardor inmoderado no fué capaz de corregir con prudente discernimiento lo peligroso de semejante orden en países como los que iban á atravesar.

Entró en España el ejército el 17 de octubre, repartido en diferentes columnas para poder subsistir más fácilmente, y se encaminó á Valladolid por Tolosa, Vitoria y Burgos. A pesar de las promesas del príncipe de la Paz, nada se había dispuesto en el camino, y todas las noches era preciso hacer apresuradamente acopios de víveres para alimentar á aquellas tropas extenuadas por las fatigas del día. Los alojamientos que se les daban estaban llenos de miseria, tanto que los soldados preferían acostarse en el campo ó en las calles á admitir las repugnantes viviendas que les ofrecían. Los habitantes los recibían con aquella curiosidad propia de un pueblo lleno de viveza, aficionado á la novedad y privado por espacio de un siglo de todo espectáculo por la inercia de su gobierno. La clase elevada recibía bien á nuestras tropas, pero ya la clase baja empezaba á manifestarles su sombría repugnancia á todo lo extranjero. En el camino de Salamanca recibieron navajazos algunos soldados que caminaban aislados, á pesar de que se conducían con la mayor moderación y prudencia (1).

Al llegar á Salamanca, donde hizo una breve parada, ya había el ejército padecido muchas fatigas y dejado algunos rezagados. El general Junot, que tenía á su lado

(1) El conde de Toreno dice, al contrario, que las tropas francesas fueron en todas partes festejadas y bien recibidas, y que los solícitos moradores del tránsito estaban muy lejos de imaginarse la ingrata correspondencia con que iba á pagárselas tan esmerada y agasajadora hospitalidad. (N. del T.)

un jefe de estado mayor lleno de previsión, estableció en Valladolid, en Salamanca y más allá en Ciudad Rodrigo, depósitos compuestos de un mayor de plaza, varios empleados de administración y un destacamento, con objeto de recoger á los cansados ó enfermos y encaminarlos luego en pos del ejército en grupos bastante numerosos para poder defenderse. Recibida en Salamanca la orden de seguir marchando sin descanso, salió el ejército de esta ciudad el día 12 de noviembre, formado en tres divisiones. Para ir de Ciudad Rodrigo á Alcántara tenía que atravesar la cordillera que separa los valles del Duero y del Tajo, formado por una prolongación del Guadarrama. Desde Salamanca á Alcántara había que andar cincuenta leguas de terreno pobre y montañoso, tan sólo habitado de pastores dos veces al año, cuando llevaban en el otoño sus ganados desde Castilla la Vieja á Extremadura y cuando en la primavera regresaban de Extremadura á Castilla. Aunque las autoridades españolas habían prometido preparar víveres, casi nada encontró en San Muñoz, punto intermedio que parte por mitad la distancia desde Salamanca á Ciudad Rodrigo. Recorrieron, pues, las tropas diez y nueve leguas en dos días, sin comer más que un poco de carne de cabra que se proporcionaron apoderándose de los rebaños que encontraban en el camino. En Ciudad Rodrigo, ciudad de bastante consideración y plaza fuerte de gran importancia, hallaron un gobernador muy mal dispuesto, que se disculpó con la ignorancia en que estaba del paso del ejército francés, y no se tomó el menor trabajo para reparar las omisiones en que había incurrido. Sin embargo se pudieron juntar algunos víveres, los suficientes para dar un medio rancho á los soldados; se organizó un nuevo depósito para reunir los rezagados, cuyo número iba en aumento á cada paso, y se emprendió la marcha hacia las montañas para pasar de la vega del Tajo á la del Duero. El tiempo, como suele suceder en todas las regiones meridionales en que la naturaleza, desigual como sus habitantes, pasa violentamente de la temperatura más suave á la más rigurosa, cambió de repente, alternando sin tregua las lluvias y las nieves. Los senderos por donde marchaban las columnas estaban anegados y desaparecían bajo las pisadas de hombres y caballos. Engañados por unos guías medio salvajes, que muchas veces equivocaban ellos mismos el camino por no haber salido nunca de los límites de su lugar, se extraviaron varias columnas y fueron á dar al pueblo de Peña Parda, cerca de las crestas de la cordillera, rendidas y muertas de hambre, dejando parte de su gente en el camino. Érales forzoso, para poder subsistir, hacer noche en la Moraleja, lugar situado en el recuesto de aquellas montañas; pero sobrevino una deshecha tempestad, desencadenáronse en un momento todos los torrentes, y nuestros inexpertos soldados en medio del rugido de los vientos y del estruendo de las aguas, extenuados por no haber casi comido en dos días y desesperanzados de conseguir para lo sucesivo asilo de ninguna especie, se entregaron repentinamente á uno de esos pánicos que sorprenden y desalientan á los ánimos inexpertos poco acostumbrados á los azares de la vida militar. Entrada la noche y no produciendo ya ningún sonido los tambores destemplados con la lluvia, introdujose en aquella marcha una gran confusión; los soldados, que no distinguían ya por dónde iban, divisán-

dose apenas unos á otros y buscándose á gritos, aturdían aquellos montes con aullidos temerosos. Los oficiales no conseguían ser reconocidos ni escuchados; agregábase la indisciplina á la desesperación y la escena se hizo espantosa.

Entretanto llegó una columna á la Moraleja á cosa de las once de la noche, y habiendo encontrado un destacamento ya alojado allí, participó el estado en que había quedado el resto del ejército. Entonces se dispuso que los menos cansados salieran en socorro de sus compañeros; encendiéronse grandes hogueras, púsose un farol en lo más alto del campanario de la iglesia y se echaron á vuelo las campanas para que sirviesen de indicio á los dispersos. Para colmo de desgracia en la Moraleja se notaba la misma ausencia de preparativos que en todas partes; no había allí víveres, y los soldados hambrientos, perdiendo todo respeto se entregaron al pillaje y saquearon aquel malhadado lugar, víctima expiatoria de la informalidad del gobierno español en el cumplimiento de sus promesas. En el momento de llegar no había ni la cuarta parte de los soldados en torno de su bandera; durante la noche fueron poco á poco llegando á los devastados techos de la Moraleja los que no habían sucumbido á la fatiga, y los que no habían quedado ahogados en los torrentes ó asesinados en los campos por los pastores de Extremadura. Repartiéronseles de nuevo unas cuantas cabras, no para satisfacer su hambre, sino solamente para que no muriesen de inanición. Era imposible detenerse en semejante lugar, y así á la mañana siguiente se encaminaron aquellas columnas hacia Alcántara, donde por fin tomaron las orillas del Tajo y entraron en la frontera de Portugal.

El general en jefe Junot había precedido á su ejército para cumplir con su eficacia á la incuria del gobierno español. Ofrecía la ciudad algunos más recursos que las montañas incultas de Extremadura; pero además de no ser éstos muy considerables, los habían en parte consumido las tropas españolas del general Carrafa, el cual con una división de nueve á diez mil hombres debía apoyar el movimiento de las tropas francesas y bajar por la izquierda del Tajo mientras el general Junot bajase por la derecha. Prendiéronse algunas reses de ganado lanar y vacuno y se distribuyeron á los regimientos; se hizo provisión de pan para dar media ración á cada hombre, y se concedió al ejército un corto descanso para reanimar sus fuerzas y reunir la gente dispersa. Quedaba rezagada ó perdida en los bosques y torrentes una quinta parte de su fuerza efectiva, es decir, unos cuatro ó cinco mil hombres. La mitad de la caballería estaba desmontada por haber muerto de hambre y quedar en el camino desherrados muchos caballos. Por lo tocante á la artillería, había sido preciso acarrearla con bueyes, y como faltó después este ganado no pudieron reunirse en Alcántara más de seis bocas de fuego. En cuanto á las municiones, fué forzoso abandonarlas en el camino con el resto de los pertrechos.

Extremado era el apuro en que se veía el desgraciado Junot. Estimulábanle por una parte las órdenes de Napoleón y la certeza de que si no llegaba pronto á Lisboa encontraría la escuadra portuguesa ya en salvo con todas las riquezas de Portugal, ó bien una resistencia organizada que le costaría mucho trabajo vencer; por otra parte, tenía á la vista la vertiente de las montañas

de la Beyra inclinada hacia el Tajo, presentando una multitud de contrafuertes escabrosos separados entre sí por espantosos barrancos, cortados en cierto modo según lo indica el nombre mismo de *Talladas* dado á algunos de ellos, enteramente despoblados, desnudos de todo recurso y más intransitables todavía con las copiosas lluvias de otoño. Agréguese á esto que la mayor parte de los soldados sacados de Francia con precipitación y sin haber podido llevar consigo sus efectos se encontraban sin zapatos, sin cartuchos y en mal estado para soportar una marcha prolongada y para triunfar de cualquier resistencia un poco seria que se les opusiese, lo que no era imposible contando aún los portugueses con veinticinco mil hombres de tropas muy regulares y muy resueltas á la resistencia, por cuanto la perspectiva de pasar bajo el dominio de la España los hacía muy poco dispuestos á acoger amigablemente los invasores de su territorio. Tampoco se podía contar con la cooperación de los españoles, porque en vez de veinte batallones, sólo nos habían facilitado ocho, y estos tan predispuestos contra los franceses que había sido menester enviarlos de nuevo á sus acantonamientos.

En esta alternativa, de dejar consumir en Lisboa acontecimientos enojosos, ó de arrostrar nuevas fatigas con tropas extenuadas, en un país como aquél, más ápero aún que el que se acababa de atravesar, no vaciló el general Junot y prefirió al partido de la prudencia el de la obediencia ciega. Resolvió continuar aquella marcha precipitada atravesando todos los contrafuertes destacados de la Beyra que defienden el Tajo desde Alcántara hasta Abrantes. Reunió algunos pares de zapatos y unos cuantos bueyes, se aprovechó de un depósito de pólvora que en aquel paraje había, y mandó hacer cartuchos con el papel de los voluminosos archivos de la orden militar de Alcántara (1). En seguida dividió en dos partes el ejército, compuesta la una de la infantería de las dos primeras divisiones, y la otra de la infantería de la tercera división, la caballería, la artillería y los rezagos. Hizo adelantar la primera, y dejó la segunda en Alcántara con orden de que se reuniese á aquella así que se hallase rehecha, reorganizada y provista de transportes. Llevó consigo sólo algunas piezas de montaña de más fácil conducción por su calibre.

Resolvió emprender su salida de Alcántara el día 20 de noviembre y atravesar la frontera de Portugal por la derecha del Tajo mientras el general Carrafa la atravesase por la izquierda. Indudablemente hubiera sido mucho mejor pasar el Tajo, internarse más en Extremadura, llegar hasta Badajoz y tomar la carretera de Badajoz á Elvás, que es el camino que toman por lo común los españoles, atravesando el Alentejo, provincia llana y de fácil paso; pero para esto había que recorrer hacia el Mediodía la península hasta Badajoz y hacer después un largo rodeo á la derecha para llegar á Lisboa. Napoleón, que dictaba sus órdenes desde París y por la mera inspección de su mapa, había preferido el camino más corto y mandado que se siguiese á la derecha del Tajo desde Alcántara hasta Abrantes mientras siguiesen los españoles la izquierda. Con esto, además de la ventaja de la celeridad, se conseguía el no tener

(1) Admira la sangre fría con que refiere el historiador francés este acto de vandalismo. (N. del T.)

que verificar más adelante el paso del Tajo cerca de Lisboa; sin embargo, si Napoleón hubiera podido prever los torrentes de lluvia que habían de sobrevenir en Portugal, y que por la negligencia de los aliados había de llegar el ejército á Alcántara muerto de hambre y de cansancio, antes hubiera querido perder unos cuantos días que proseguir una marcha que iba á parecer en breve una verdadera derrota. Pero empezaban ya á manifestarse los funestos inconvenientes de una política exagerada que queriendo obrar en todas partes á la vez, así en el Vístula como en el Tajo, en Dantzig como en Lisboa, se veía precisada á disponer desde muy lejos las cosas, y á valerse de soldados flojos ó de generales inexpertos cuando la gente robusta y los jefes entendidos estaban empleados en otra parte. Entre los lugartenientes unos pecan por excesiva blandura y otros por excesivo celo: son estos últimos los menos comunes y en general los más útiles, aunque con frecuencia peligrosos. De estos era el valiente Junot. No vaciló, pues, en dejar á Alcántara el día 20 de noviembre después de haber despedido, según dejamos dicho, algunas de las tropas españolas que le ofrecían poca garantía y confiado á las otras el encargo de ir guardando la orilla izquierda del Tajo mientras él iba por la derecha. De veintitrés mil combatientes sobre las armas con que había confiado en Bayona aquel ejército de veintiséis mil hombres, lo más que ahora le quedaba era unos quince mil; no porque todos los otros se hubiesen muerto ó perdido, sino porque habían quedado inútiles para continuar aquella marcha tan precipitada. Adelantóse río abajo por senderos abiertos en la pendiente de las montañas, reducido continuamente á subir y bajar, ya trepando á las crestas de los contrafuertes que se destacan de la Beyra, ya hundiéndose en los profundos barrancos que los separan, con las cintas de los montes á su derecha y á su izquierda el río. Dirigió sus dos divisiones de infantería sobre Castel-Branco por dos caminos diferentes: la primera por el de Ydanha-Nova, y la segunda por el de Rosmaniñal. Una y otra llevaban en pos algunas tropas ligeras españolas. Seguía el tiempo malísimo, la lluvia era continua y el camino había quedado impracticable. El animoso general Laborde, que mandaba la primera división, al salvar un torrente desbordado que les interceptaba el paso más ancho y más profundo que los otros, echó pie á tierra, entró en el agua hasta el pecho, y en esta posición permaneció hasta que acabaron de atravesarlo todos sus soldados. La cena de aquella tropa fué carne de cabra, bellotas y una onza de pan por barba. Al otro día llegaron á Castel-Branco, donde se encontraron reunidas las dos divisiones en un estado difícil de describir. La primera que había llegado y que había tenido menos obstáculos que superar, fué á campar fuera de la población, para que la que venía detrás, y que llegaba más cansada, pudiese alojarse dentro. Pusiéronse guardias en cada tahona para impedir el pillaje, merced á lo cual pudieron distribuirse dos onzas de pan á cada hombre. Faltaba la carne, pero había arroz, legumbres y vino. Los soldados estaban pálidos, desfigurados y casi todos descalzos. Deteniéndose allí se exponían á morir de hambre, fuera del inconveniente de perder un tiempo precioso; por cuya razón volvieron á emprender la marcha con la esperanza de llegar á la poblada y rica ciudad de Abrantes, situada

fuera de la región de las montañas en un llano fértil y descampado. Dirigiéronse en dos columnas, la una compuesta con la primera división por el camino de Sobreira-Formosa, la otra con la división segunda por Perdigo. La primera tenía que andar catorce leguas y que atravesar cuatro á cinco torrentes tan hinchados con la lluvia que no era posible vadearlos sin peligro. Para contrarrestar la violencia de las aguas tenían los soldados que enganchar unos con otros los fusiles, y aun así los más débiles y extenuados cedían á veces á la corriente. Los oficiales, llenos de ardimiento, queriendo dar ejemplo á los más fuertes para que socorriesen á los más flojos, cargaban sobre sus propios hombros á los que no podían pasar por sí mismos aquellos torrentes. No encontraron en todo el camino más pueblo que el de Sarcedas, y los soldados hambrientos lo saquearon á pesar de todas las prohibiciones é intimaciones del general en jefe. Llegaron á Sobreira-Formosa á las once de la noche en un verdadero estado de desesperación. Durante la primera hora sólo se reunió una sexta parte de la gente: encontraron sólo castañas y algunas reses, y con aquello cenaron. La segunda división había padecido horriblemente para poder llegar á Perdigo.

El resto del camino hasta Abrantes, si bien era menos malo por lo tocante al terreno, no lo era en cuanto á la esterilidad y á la pobreza. Por último, después de arrostrar penalidades y privaciones inauditas, llegaron á Abrantes el día 24 unos cuatro ó cinco mil hombres, pálidos, enervados, con los pies ensangrentados, la ropa hecha harapos y los fusiles estropeados é inútiles por haberse servido de ellos como de bordones para vadear los torrentes y trepar por las montañas. Entrar en semejante estado en una ciudad muy poblada era ponerse en la tentación de que cerrase sus puertas á unos invasores tan poco formidables, defendiéndose de ellos con sólo dejarlos morir de hambre, pero felizmente las inmortales victorias conseguidas en todos los países del mundo por los veteranos de la Francia, servían de protección á nuestros bisoños en cualquier parte donde pudiesen hallarse. Era tal el renombre del ejército francés, que á su llegada no se manifestaba en todas las poblaciones otro deseo más que el de agradarle, suministrándole al punto cuanto había menester. Los que tenían ocasión de tratar á aquellos hombres, pronto dejaban de aborrecerlos sin dejar de temerlos, y les ofrecían de grado los auxilios que al principio sólo les facilitaban movidos del temor.

El general en jefe había precedido á su ejército en Abrantes para disponer de antemano cuanto reclamaba su triste situación. Los habitantes se prestaron á todo lo que exigió de ellos. Hízose acopio de carnes y de pan, y por la primera vez desde que salieron de Salamanca, es decir, en el espacio de doce días, recibieron los soldados su ración completa. Proporcionáronseles vinos exquisitos, calzados, vestuario y medios de transporte; hasta se enviaron carros en busca de los enfermos y rezagados. El tiempo no se había serenado todavía; pero el terreno era ya hermoso, llano, abrigado, cubierto de naranjos que exhalaban su suave fragancia del Mediodía, presentando como espectáculo el bienestar y la riqueza. El efecto que esto produjo en aquellos bisoños tan accesibles á todas las sensaciones fué repentino, y en dos días pasaron de la más sombría des-

esperación á una especie de júbilo y de confianza. Había aún muchos de ellos atravesando los peñascales de la Beyra; pero iban llegando poco á poco, en grupos aislados, y disfrutando á su vez de las dulces impresiones de una naturaleza risueña y abundante en todo género de recursos.

Hizo Junot componer el armamento, y reuniendo las compañías de preferencia, formó una columna de cuatro mil hombres en estado de continuar la marcha hasta Lisboa. Con su celeridad había evitado una resistencia que hubiera podido ser invencible en las montañas de la Beyra, consiguiendo de este modo el primer objeto de sus desvelos. Pero quería además llegar á Lisboa para apoderarse al paso de las riquezas que se iban á sacar de esta capital, y este segundo triunfo era casi imposible.

Reinaba á la sazón en Lisboa una confusión indecible. El príncipe regente que hacía en el gobierno las veces de su madre, atacada de demencia, había vacilado entre mil resoluciones contrarias. De conformidad con el gabinete de Londres, había intentado hacer aceptable á Napoleón un partido medio, que consistía en cerrar sus puertos á los ingleses sin confiscar sus bienes. Napoleón lo había rehusado, y el príncipe portugués se hallaba sumido en horribles indecisiones. Sus ministros, discordes entre sí, aconsejaban, unos que se continuase como hasta entonces, esto es, adherido el Portugal á la Inglaterra, resistiendo con su auxilio á los franceses; otros que se abandonase el mal camino y se reconociesen los pasados errores, entrando en las miras de la Francia y lanzando á los ingleses para evitar una invasión extranjera. Había también otros que proponían un tercer partido, que era el de que hemos hablado, de huir al Brasil entregando la malhadada patria de los Braganzas á los ingleses y franceses, prontos á disputarse sus despojos. En medio de estas penosas vacilaciones, el príncipe regente, no bien supo la marcha del ejército francés sobre Valladolid, cedió á todas las exigencias de Napoleón, declaró la guerra á la Gran Bretaña y decretó el embargo de todas sus propiedades, dando no obstante tiempo á los comerciantes ingleses para llevarse ó vender sus efectos más preciosos. Por último envió al encuentro del general Junot, para detener al ejército francés, comisionados que desgraciadamente fueron á buscarle á los caminos por donde no iba. El embajador de Inglaterra lord Strangford había pedido sus pasaportes y retirádose á bordo de la escuadra inglesa que empezó inmediatamente el bloqueo del Tajo.

El apareamiento imprevisto del ejército francés por el camino de Alcántara á Abrantes, sin que pudiera retardar su marcha ninguno de los emisarios que le habían salido al encuentro, originó un pánico indecible en el corazón del regente; terror de que participaron todos sus parientes y consejeros. Entonces fué cuando el proyecto de huir prevaleció sobre todos los demás. Sabedor lord Strangford de lo que ocurría, se apresuró á volver á Lisboa llevando noticias de París, recibidas por la vía de Londres, en que se anunciaba la resolución de Napoleón de destronar á la familia de Braganza (1).

(1) Varios historiadores portugueses, españoles y franceses han supuesto que lord Strangford decidió al príncipe regente á abandonar á Portugal mostrándole un *Monitor* del 11 de noviembre,

Estas noticias y su presencia decidieron definitivamente el viaje de la familia real al Brasil.

Suponiendo que quizá sería forzoso cerrar el Tajo á los ingleses, se armó lo mejor que se pudo lo que quedaba de la escuadra portuguesa, esto es, un navío de ochenta cañones, siete de sesenta y cuatro, tres fragatas y otros tantos bergantines. Sabida en la capital el día 27 de noviembre la noticia de la entrada de Junot en Abrantes, á quien bastaban tres jornadas más para llegar á Lisboa, hízose entrar á su bordo á la familia real y á varios individuos de la aristocracia con cuantos objetos de valor podían llevar consigo. Con un violento temporal y lloviendo á torrentes embarcáronse confundidamente en la escuadra, y en unos veinte buques más de grueso porte destinados al comercio del Brasil, los príncipes, las princesas, la reina madre con la locura retratada en sus ojos, casi todos los personajes que componían la corte, muchas familias principales y sus criados, formando entre hombres, mujeres y niños un número de siete á ocho mil individuos. Todo el mueblaje de los palacios reales y de las casas más poderosas de Lisboa, los fondos de las arcas públicas, la plata que el regente había cuidado de amontonar de algún tiempo atrás, lo que las familias fugitivas habían podido proporcionarse, todo yacía en los muelles del Tajo medio revuelto entre el lodo, á vista de una población consternada, conmovida y exasperada alternativamente ante aquel lastimoso espectáculo y aquella cobarde fuga que la dejaba sin gobierno y sin medios de defensa. Era tal la precipitación con que huía la corte, que hasta se olvidaron de los víveres más indis-

recibido por la vía de Londres, que insertaba un decreto imperial parecido al que había pronunciado el destronamiento de la casa de Nápoles, declarando que *la casa de Braganza había concluido de reinar*. Esta aserción es errónea, aunque no sea completamente inexacta. No hay en ningún número del *Monitor* de la citada fecha, ni de otra alguna anterior ó posterior, ningún decreto que diga que *había concluido de reinar la casa de Braganza*. Esta frase, empleada en 1806 contra la casa de Nápoles después de una traición imperdonable, no podía reproducirse contra otras casas reinantes que no habían ofrecido á Napoleón pretexto alguno para poderlas tratar del mismo modo. Tampoco hay vestigio ninguno de semejante decreto contra la casa de Braganza en los archivos donde se conservan todas las minutas del despacho y secretaría de Estado. Lo único que en el *Monitor* hallamos, en fecha del 13 de noviembre, es un artículo, con el epígrafe de *París*, sobre las diversas expediciones de los ingleses contra Copenhague, Alejandría, Constantinopla y Buenos Aires; artículo evidentemente dictado por Napoleón, que tiende á patentizar las consecuencias á que se exponían todos los gobiernos que se sacrificaban á la política inglesa, y en el que se lee este párrafo:

«Después de estas cuatro expediciones que tan claramente determinan la decadencia moral y militar de la Inglaterra, hablaremos de la situación en que han dejado hoy á Portugal. El príncipe regente de Portugal pierde su trono: le pierde cediendo á las intrigas de los ingleses; le pierde por no haber querido embargar las mercaderías inglesas que hay en Lisboa. ¿Qué hace entretanto la Inglaterra, su aliada tan poderosa? La Inglaterra contempla con indiferencia lo que está pasando en Portugal. Y ¿qué hará cuando esté el Portugal conquistado? ¿Se apoderará ella entonces del Brasil? No: si los ingleses lo intentasen, se verían repelidos por los católicos. La caída de la casa de Braganza será una prueba más de que todo el que se adhiere á los ingleses está condenado á perderse.»

De aquí sin duda se ha sacado la especie del supuesto decreto: el referido *Monitor*, publicado en París el 13, leído en Londres el 15 ó 16, pudo por medio del almirantazgo llegar el 23 ó el 24 á bordo de la escuadra inglesa y ser comunicado al príncipe regente de Portugal. (N. del A.)